

y temores. Unas explicaciones que no siempre encuentra y, por ello, en algunos momentos, habrá que echar mano de la ayuda del psiquiatra. Y, en muchos otros, se buscará el refugio en aquel mundo cada vez más perdido de los recuerdos, en un desesperado e infructuoso intento de regresar a los orígenes.

Es en estos momentos cuando Rodrigo Rubio publica las novelas *Memoria de pecado* (1979), *Cayetana de Goya* (1979), *Banco de niebla* (1985), *La puerta* (1989), *Los sueños de Bruno* (1990), *El amigo Dwnga* (1992), *Un camino de rosas* (1992), *Fábula del tiempo maldito* (1997), *Al filo de la vida* (1998), *La ruta de las luciérnagas* (2000) y *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués* (2001), así como los relatos *Ventanas azules* (1981), *Un ritmo para el recuerdo* (1980), *Sal amarga* (1980), *Los otros viajes* (1985), *Retraso providencial* (1987), *La oruga metálica* (1988), *Aproximación a la tristeza* (1988) y *Área de servicio* (1990).

Llegados a este punto, hemos de afirmar que, a pesar de esos tres grandes ejes narrativos y de las cuatro etapas que se pueden señalar en su obra literaria, en toda ella existe un gran hilo conductor, un rasgo unificador de la misma, gracias a la presencia constante de elementos autobiográficos, tanto referidos a sí mismo, como a sus padres, hermanos, hijos, amigos y paisanos.

Esto es así porque Rodrigo Rubio siempre se sintió muy unido a su querido pueblo de Montalvos; siempre se sintió orgulloso de sus raíces. Por eso mismo, antes de que llegara el momento de su muerte, acontecida el 4 de abril de 2007, había tomado la decisión de que sus restos mortales descansaran para siempre en el cementerio de su pueblo. Allí reposan sus cenizas, en un pequeño columbario, tras una sencilla placa en la que se puede leer: RODRIGO RUBIO. ESCRITOR. 1931-2007.

Ahora, ya nuestro querido amigo descansa en paz, arropado por el cariño de su padre y hermanos y en el dulce regazo de su querida madre. Allí, hablará de literatura con su hermana Pilar, que tan orgullosa estará de él, y, de cuando en cuando, jugará una partida de mus con ese Dios viejo y puñetero que tanto le hizo padecer. Tal vez, incluso se tomará algún vasito de güisqui y se fumará un purito con él, mientras le pide que sea algo más misericordioso y magnánimo con los miserables humanos que penamos en este valle de lágrimas, que diría su admirado Miguel de Unamuno.

Si así es, como yo deseo que sea, descansa mi buen amigo, tras tu largo y tortuoso caminar. Has cumplido con creces los anhelos y las metas que te marcaras en tu juventud y, ahora, después de tu partida, empiezas a recoger algunos de los merecidos frutos a los que te hiciste merecedor. ¡Adiós, mi querido y buen amigo, y hasta siempre!